Saludando al Sol

Blanca Faure

Capítulo 1

- ¿Pero nos apuntamos o no? ¡Me estás desesperando Ana, por lo que más quieras dí algo!

-Que sí mujer, que ya me he comprado unas mallas en el Decathlon, una esterilla y un cojín de Yoga con un dibujo muy chulo de mandalas, relleno de semillas de trigo con lavanda y eucalipto ¡Más preparada no puedo estar!

-No sé Ana, si esto es para nosotras, pero hay que descubrir nuevos caminos, no pienso volver más.

-Ale, Paula que te cuelgo, quedamos a las doce en la puerta.

Tenía cinco llamadas perdidas de mi padre y dieciocho watsaps, suplicándome que volviera. Quizás me equivocaba pero tenía que huir de ese pueblo, explorar nuevos caminos en mi vida, reforzar mi espiritualidad, pensé que las clases de yoga me ayudarían.

Cuando entre en la sala imaginaba toparme con un anciano de barba rebosante de sabiduría, en cambio encontré a un chico joven de pelo largo, estilo hippie que restauraba sólo con su presencia mi desazón interior. El corazón empezó a latirme a mil por hora, todo se tornó blanco y sentí que por fin había hallado mi lugar en el mundo. Una sola mirada suya provocaba que un latigazo se adueñara en mi columna vertebral ramificándose por todos los músculos de mi cuerpo hasta elevarme a un lugar que nunca había conocido, Nirvana creo que se llama, donde el olor a incienso y canela nubla los sentidos, y pierdes toda la voluntad.

Ese aspecto salvaje de su cabello cayendo sobre su torso desnudo y bien definido, ese cruce de sus piernas enfundadas en un pantalón de algodón pulcramente blanco, esa definición de sus pies desnudos, ese Jesucristo del siglo XXI me tornó absolutamente loca. No había duda, era mi Mesias. Su voz nadaba por encima de los dongs de un rudimentario radiocasette y arrancaba de cuajo cualquier dolor emocional.

-¿Cual es tu nombre? -Me susurraba al oído mientras enderezaba mi espalda para corregir la postura de....¿Loto?

-Ana- contesté timidamente- como mi abuela materna. Agradecí a mis padres que no hubieran optado por el nombre de Rogelia como la paterna, porque en tal caso la magia de ese instante se hubiera esfumado sin compasión.

-Yo soy Venus..

¡Venus! imposible otro nombre, un ser tan celestial que abría todas las puertas de mi interior sin llaves, se convirtió sin duda en mi único Dios .

-¿Por qué Venus?

-Mis padres fueron unos de los primeros hippies que repoblaron la isla de Ibiza, Venus les pareció un nombre muy espiritual.

Era evidente que yo adolecía de su misticismo y glamour ya desde el mismo día de nuestra concepción. Estoy segura que a él lo concebieron en algún ritual al sol, o en un despliegue de amor colectivo. Tengo serias sospechas de que lo mío fue más prosaíco: La postura del misionero en un sábado sabadete. Seguro que mi madre, una vez cumplida su obligación de esposa se recolocó el delantal y siguió limpiando, porque he de admitir que mi madre pulcra era un rato.

Nuestra relación se fue consolidando, quedábamos para cenar todos los sábados, era yo quien llevaba los bocadillos, lo material yo, lo espiritual él. Acudía a la habitación que compartía con otros maestros espirituales y allí entre el olor del incieso, las velas, el pachuli y lo bueno que estaba el cabrito...yo no era dueña de mí. Me pedía que me imaginaras en una playa desierta poco antes del amanecer. ¿Cómo puede una mujer escapar a eso? Yo, que la única experiencia sexual que había tenido era con Enrique del pueblo en el pajar de mi abuela Rogelia, que lo más romántico que me susurraba era: "Quítate las bragas o te las quito yo a bocaos". En honor a la verdad, debo admitir que también me ponía ese romanticismo rústico y sincero.

Un buen día comenzó a pedirme dinero, casi siempre cuando nuestra postura era imposible, la academia no podía mantenerse un mes más. Él estaba para otras cosas, lo mundano le agobiaba. Intenté ayudarle, pero hubo un momento que tuvo que cerrarla.

Le propuse que me acompañara al pueblo, podíamos comenzar una vida lejos del mundanal ruído, una vida sana y ecológica en la que sin duda encontraría su sitio.

Le presenté a mi padre, se lo quedó mirando de arriba abajo...y después de un tiempo espetó:

-¡Venus no es nombre ni para un perro!

A pesar de su rudeza, mi padre nos cedió un huerto, con una casita anexa donde comenzar nuestra ecológica y nueva vida.

En un hogar sin ninguna comodidad, donde había que trabajar con cierto sacrificio en el huerto y en el cuidado de nuestras gallinas, yo era la que llevaba todo el peso. Él debía adaptarse a una nueva forma de entender la vida, mientras no cesaba de saludar al sol . Así que nuestras riñas comenzaron a ser más que frecuentes.

No sé como lo hacía, pero lograba convencerme de que no tenía razón. Empecé a dudar de mí misma.Pronto mi mente fue controlada por él y perdí toda conexión con el mundo exterior y acepté mi sino, sin más.

¿Por qué estoy aquí? disociaba mi cuerpo y mi mente. "Es debido a tu educación católica y patriarcal que no asumes tu papel ni el mío"- solía decirme- "Yo estoy llamado para algo más grande que tú". Era egocéntrico y no tenia en cuenta ni mis deseos ni mis necesidades. Pronto descubrí que esa necesidad de que haya paz al precio que sea nos lleva a enfermar.

Cuando reñíamos me amenazaba con poner fin a nuestra relación, y a mí me tenía cautiva sexualmente, no podía prescindir de él. Sin embargo, cuando accedía a sus deseos se deshacía en alabanzas, me mimaba y eso me hacía sentir bien durante un tiempo.

Comenzó a criticarme porque no me arreglaba como antes, me desvaloraba y me juzgaba, diciendo que entendía que no todo el mundo podía llegar al grado de espiritualidad que él había conseguido y que cada uno servía para lo que servía. Su superioridad comenzó a exasperarme.

En ocasiones cuando estallaba él se hacía la victima y lograba que me compadeciera.Jamás me decía las cosas a la cara sino que me dejaba notas, frases filosóficas sin sentido como las que salen en las galletas de la suerte chinas. Yo me rebanaba los sesos para descifrarlas, pero como estaba tan agotada dejé de hacerlo.

Mi padre se desesperaba y decía que este novio mío era muy flojo, que mejor me hubiera ido con Enrique, que sabía todo lo que había que saber para sobrevivir. Viéndome deslomada vino un día a ayudarme, intenté explicarle que debía dejarle un tiempo de adaptación que Venus no estaba acostumbrado a esto. Le freí dos huevos recien cogidos y unos chorizos de la matacía del año anterior y le dije, padre, cuando termine le he dejado en la mesa el almuerzo, muchas gracias por todo lo que hace por mí

Venus terminado de hacer su saludo al sol, vio el almuerzo y se los comió.

-¿Están buenos cacho vago? ¡Mas te valdría dejar de saludar al sol y

ayudar un poco más a mi hija, que el sol ya se ha dado por saludao!

-¡Es usted un simio!

- ¡Y tú un jeta y un vago!

Mi padre no era de medias tintas, así que lo echó de casa sin ninguna contemplación, y aunque al principio doliera no tardé demasiado en olvidarlo.

Un buen día llamó Enrique a mi puerta, se remangó me ayudó con los frutales, a recoger las almendras e incluso nos sobró tiempo para hacer mermelada de unas peras que se estaban pudriendo.

Me lo quedé mirando y no, su pantalón no era pulcramente blanco, ni emanaba luz, su cuerpo estaba perlado por el sudor del esfuerzo y del calor. Sólo bastó una sonrisa y un abrazo de igual a igual para que lo hiciéramos como perros encima de la mesa de la cocina, al estilo del cartero siempre llama dos veces.

Me pareció el polvo más real que había tenido en décadas y en nada desmerecía los de Venus. No olía a canela ni a incienso, olía sólo a él. He encontrado lo que buscaba ¡Si es que hay veces que lo tenemos al lado!

Ale voy a dar de comer a las gallinas y a poner unas cañas en las tomateras, al sol ya no lo saludo, es él el que me despierta todos los días tocándome la cara.

.